

Previsiones, valores y realidades de un mundo que dejó de ser bipolar

JAVIER TUSELL

A la hora de hacer un balance del siglo XX con la vista puesta de modo especial en sus últimos años, es preciso recordar que a partir de 1992 la Humanidad ha vivido en unas condiciones radicalmente distintas de las precedentes desde 1945. La conciencia de este cambio es generalizada pero su contenido parece menos claro de lo que se pudiera pensar en principio. La opinión pública mundial de los países democráticos ha experimentado alternativos períodos de optimismo y de pesimismo, unos y otros desmesurados. En la actualidad el horizonte del futuro aparece de una manera que

si, por un lado, parece radicalmente distinta a como fue entre 1945 y 1989, al mismo tiempo no sabemos en qué consistirá de un modo aproximado. Lo que ya parece evidente es que resultan injustificadas unas ilusiones milenaristas de no hace tanto tiempo. El presidente norteamericano Bush anunció en el momento de la caída del comunismo que “el reino de la ley y no la ley de la jungla” gobernaría la conducta de los pueblos en adelante, pero su deseo profético se vio casi inmediatamente incumplido por el estallido de la guerra del Golfo. En teoría esa visión idílica podía parecer fundamentada, pero no se ha

producido en absoluto una difusión de la libertad y de la paz estables tal como parecía deducirse de esas palabras. En poco tiempo hemos descubierto que la libertad era mucho más complicada de conseguir y la paz menos segura de lo que podía pensarse.

También se ha hecho patente que muchas de las previsiones que han sido hechas en el inmediato pasado respecto del previsible rumbo de los acontecimientos no se han cumplido en absoluto. Una tesis muy popular en los medios liberales de comienzos de siglo presuponía la difusión indefinida de la libertad y la democracia en el mundo: en 1910 la Enciclopedia Británica consideraba erradicada la tortura de Europa cuando, pasados unos años, vendrían la revolución rusa y el fascismo. En el fondo, esta interpretación fue proseguida por Francis Fukuyama cuando proclamó su tesis del “fin de la Historia” como consecuencia de la caída del comunismo. En un artículo que escribió con ese título, dio por supuesto que el papel del marxismo (o de cualquier otra teoría revolucionaria) se limitaría a algunos países subdesarrollados o algunas universidades sofisticadas del mundo occidental, como, por ejemplo, las de la costa Este de los Estados Unidos. En un libro posterior con idéntico título, opinó que podría haber retrocesos y desilusiones en el proceso de democratización mundial porque “lo que aparece como victorioso no es tanto la práctica liberal como la idea liberal”. Claro está que en estos términos genéricos una declaración como la transcrita puede aceptarse, pero la previsión inicial que hizo Fukuyama fue mucho más inmediata y directa. También los futurólogos de los años sesenta previeron un desarrollo económico indefinido que tuvo el peligro de no situar en el horizonte de lo posible las posibles y aun probables crisis cíclicas. Claro está que menos justificada aun parece la teoría enunciada por algunos prestigiosos sociólogos de esa misma época —Aron, por ejemplo— que presagiaron

una coincidencia final del sistema capitalista y el comunista.

Si la evidencia empírica prueba que a largo plazo esas previsiones no se cumplieron y tampoco, en un plazo más corto, las de Fukuyama, algo parecido cabe decir de las tesis de otros escritores. Paul Kennedy, un historiador norteamericano, señaló que a su país le amenazaba el peligro derivado de querer abarcar demasiado en el terreno militar y en sus compromisos exteriores; de ahí podía derivar el final de su hegemonía mundial como le ha sucedido en la historia a muchos otros imperios. Por otro lado, según Kennedy, otros países de Asia Oriental como Japón, Taiwan o Corea del Sur estaban en mejores condiciones de cara al futuro por su elevado nivel educativo y su cohesión social de las que carecía el suyo. La realidad es que Estados Unidos sigue siendo no sólo la primera potencia mundial, sino también el gendarme universal y su decadencia económica ha estado lejos de producirse.

Finalmente, por acabar una relación que podría convertirse en interminable, parece más acertada la tesis defendida por Huntington acerca del nuevo orden mundial. Frente a un mundo bipolar, este sociólogo veía en el horizonte hace unos años un mundo multipolar por la existencia de civilizaciones a menudo contrapuestas no sólo en intereses sino sobre todo en concepción del mundo. Con la caída del comunismo no habría llegado una civilización universal sino la floración de media docena de realidades distintas. Sería entre ellas donde tendrían lugar los conflictos, mucho más regionales que globales. Lo esencial en ellos sería la divergencia e incompatibilidad de identidades contrapuestas, por lo que en la “línea de falla” de choque entre dos civilizaciones sería donde tendría lugar un mayor peligro. Huntington concluyó que esta multipolaridad obligaba a la civilización occidental a evitar un intervencionismo excesivo que pudiera provocar la multiplicación

de los choques; debía, al mismo tiempo, procurarse el encuentro de puntos de coincidencia entre las civilizaciones. Pero la occidental no es, según él, una más de las posibles. Si la diversidad no va a desaparecer con el transcurso del tiempo, al mismo tiempo la civilización occidental ha sido, sin lugar a ninguna duda, la única que ha hecho posible la libertad individual.

Esta afirmación es cierta y debe ser tenida en cuenta para evitar la carencia de criterio que sería juzgarlas por idéntico rasero. La explicación de Huntington, por otro lado, encierra gran parte de verdad, pero se refiere tan sólo a una parte de las realidades que hoy vemos en el escenario internacional presente. Fukuyama ha señalado que es muy improbable que el actual conflicto entre nacionalismos llegue a tener una importancia y unas consecuencias parecidas a las que tuvo en 1914. Según él, lo más probable es que pasado algún tiempo este género de conflictos desaparezcan. Pero, de momento, sólo el futuro acabará por probarlo.

El paralelismo con otras situaciones históricas anteriores hace pensar, ante todo, que nos encontramos en una de esas fases históricas en las que se ha producido la quiebra de un sistema de relaciones internacionales sin que al mismo tiempo haya acabado de surgir uno nuevo. “Se diría que el mundo antiguo concluye y que el nuevo comienza”, escribió Chateaubriand tras las guerras napoleónicas. Cuando, por ejemplo, hablamos del sistema de Yalta no solemos tener en cuenta que, desde la reunión en esa ciudad rusa de los llamados “cuatro grandes” hasta la definitiva consolidación de unas relaciones internacionales surgidas en ella, transcurrieron años que fueron los más caóticos y peligrosos de la historia de la guerra fría por la sencilla razón de que no estaba en absoluto claro cuáles eran las reglas, escritas o no escritas, a las que debía someterse el comportamiento de las potencias. Algo parecido nos sucede en el

momento presente y hay que renunciar a pensar que en un plazo de tiempo corto vaya a ser posible la emergencia de un nuevo orden internacional absolutamente estable. La Humanidad, por tanto, no debiera pasar por alternativas de optimismo y pesimismo, sino más bien constatar la realidad y tratar de obtener de ella los mejores resultados posibles sin pretender que en un brevísimo espacio de tiempo se realice de forma completa y absoluta el ideal de la paz y la libertad universales.

De momento habrá que tener en cuenta que una situación que suele describirse como el “nuevo desorden mundial” no tiene tantos rasgos negativos como estos tres términos unidos podrían hacer pensar. El sistema bipolar nacido de la guerra fría partía de un enfrentamiento tan absoluto que, al menos en teoría, hubiera podido llevar en cualquier momento a la guerra mundial con un resultado devastador. El arma atómica lo impidió porque su mera existencia aseguró la disuasión. La certeza de que si se producía un choque frontal se ponía en peligro la existencia misma de la Humanidad tuvo como consecuencia que el conflicto se trasladara a la periferia del mundo civilizado y que además nunca concluyera con el recurso al arma nuclear, aunque en los años cincuenta se aludió a él como una eventualidad con el propósito de aterrorizar al adversario. Hubo, por lo tanto, “gesticulación nuclear” no sólo en los momentos en que se esgrimía la bomba, sino también cuando se desplegaba una nueva arma por considerar obsoleta la precedente. El arma nuclear, en definitiva, permitió a Occidente desarrollarse conservando sus principios al mismo tiempo que esperaba a que las contradicciones internas del comunismo lo eliminaran como alternativa. Eso fue lo previsto por Kennan en torno a 1947, y los acontecimientos de 1989 lo han probado. El holocausto nuclear fue posible en ese pasado. Pero, en la práctica, desde 1946

no ha habido ni tan siquiera un muerto como consecuencia de la utilización del arma nuclear, mientras que las llamadas guerras convencionales, vinculadas o no a la guerra fría, han causado diecisiete millones de muertos.

Por lo tanto, el primer cambio que se ha producido en la Historia de la Humanidad desde 1992 ha consistido en la desaparición de la bipolaridad nuclear. En el momento actual se puede decir que vivimos en una era posatómica. En ella se dan dos fenómenos paralelos que establecen una distancia abismal con respecto al pasado. En primer lugar la disuasión nuclear ya no funciona en absoluto. Con el transcurso del tiempo, a la vez que el debate acerca de un posible desarme nuclear se hacía cada vez más complicado, la conciencia humana consideraba crecientemente incompatible con su sensibilidad la mera posibilidad de utilizar ese arma. Durante la guerra de Corea, Truman esgrimió el arma atómica, pero durante la del Golfo, Bush no lo hizo: ni tan siquiera Sadam Hussein llegó a emplear sus armas químicas. En un momento en que el holocausto nuclear es ya inverosímil, el arma atómica resulta inútil como instrumento para la paz. Al mismo tiempo, sin embargo, la multipolaridad nuclear no sólo es cada vez más imaginable sino que se ha convertido en una realidad. Una quincena de países, de los que más de la mitad están situados en Medio Oriente, tienen ya probablemente la bomba, pero lo más grave es que dispongan también de ella otros que llevan muchísimo tiempo enzarzados en conflictos inacabables, como India y Pakistán. Este recurso al arma nuclear para resolver disputas regionales, por otra parte en absoluto quiere decir que esas potencias sean un rival para los Estados Unidos. En definitiva, el mundo desarrollado es posnuclear cuando una porción creciente del mundo subdesarrollado se está convirtiendo en prenuclear. Sin embargo esas son las dos caras de una misma realidad: el arma atómica no garantiza la paz porque no disuade. Puede

incluso ser un aliciente para chantajear al adversario y favorecer así la mayor conflictividad.

Por otro lado, en segundo lugar, la bipolaridad entre comunismo y democracia se ha resuelto con ventaja para la segunda, pero de ninguna manera se puede decir que haya triunfado de manera clara como pretendió Fuyukama. Cualquier examen de lo acontecido en el mundo desde 1989 debe llevar a la conclusión de que lo sucedido es que el comunismo se ha autodestruido sin que la democracia haya hecho otra cosa que contener su expansión. El tránsito del totalitarismo a la democracia ha producido toda una serie de situaciones intermedias más que la floración de las nuevas instituciones con ese contenido en todos los países excomunistas. Aun once años después, el número de países con democracia estable que habían pasado antes por la experiencia totalitaria es reducido. La democracia puede parecer el único sistema intelectual y moralmente aceptable, pero eso no supone que se vaya a realizar en la práctica a escala universal de forma inmediata. Desear la libertad y la paz universales es una honesta esperanza, pero considerarlas como inminentes resulta una pretenciosidad y darlas por supuestas resulta una imprudencia peligrosa. Si la Humanidad camina hacia mayores cotas de libertad y hacia unas relaciones entre los países basadas en principios y no en imposiciones, lo hace de una forma tan lenta, con unos avances tan minúsculos y susceptibles de traspies, que pueden tener como consecuencia un Hitler o, al menos, un Kosovo.

Una situación como la descrita permite, en primer lugar, la aparición de los conflictos entre civilizaciones o entre naciones que pertenecen a áreas distintas, como previó Huntington, pero también otros fenómenos sin los cuales no se entiende la completa realidad del escenario internacional.

En cierta manera, por ejemplo, existe una perduración del conflicto bipolar heredado del pasado aunque se den unas circunstancias muy distintas. Rusia se ha convertido en “una superpotencia reducida a la mendicidad” que soporta mal la hegemonía norteamericana pero carece de elementos materiales para contrapesarla. Con frecuencia trata de hacer perdurar, al menos, la sensación de un cierto duopolio, pero es siempre ficticio porque acaba por imponerse la realidad. Por su parte los Estados Unidos oscilan entre una política de perfil bajo, que busca descomprometerse por aislacionismo o por la esperanza de que otros asuman sus responsabilidades, y otra de intervencionismo en nombre del derecho que, al final, ha acostumbrado a imponerse más como una obligación que como el resultado de una actitud espontánea. La ausencia de ese duopolio ha podido dar la sensación de que habían desaparecido las reglas o incluso la previsibilidad en el mundo de las relaciones entre países. Eso es lo que explica, por ejemplo, la guerra del Golfo.

En el mundo con que nos enfrentamos, la amenaza de inestabilidad es versátil, cambiante e inesperada como lo fue la reaparición del nacionalismo. La experiencia de una paz perpetua, como la que en un momento determinado imaginó Kant, se ha demostrado injustificada a corto plazo y lo que de momento tenemos al alcance de la vista es un conjunto de incertidumbres derivadas de un orden internacional inestable. No ya el duopolio ha desaparecido, sino que también han sido cuestionados, por ejemplo, los Estados establecidos, la intangibilidad de las fronteras o el principio de no intervención de unos Estados en otros. El mundo se ha hecho a la vez más fragmentado y más unificado. La fragmentación nace de la existencia de conflictos regionales que tan sólo si acumulan una dosis de violencia muy importante provocan la intervención de la comunidad internacional. Pero también se ha unificado más en el sentido de que cada día la

ONU es más solicitada para misiones crecientemente complejas. Todo el mundo acude a ella cuando la realidad es que en 1995 casi quebró en el terreno económico por no contar con los recursos necesarios.

Fue en el Consejo de Seguridad de la ONU donde por primera vez, en abril de 1991, se hizo presente la novedad más satisfactoria del orden internacional, es decir, el derecho de injerencia en caso de peligro para los derechos humanos. En el verano de 1998, unos ciento veinte países propusieron la creación de una corte penal universal que está por plasmarse en la realidad pero que ya parece una posibilidad no tan remota. En definitiva, por vez primera el Consejo de Seguridad de la ONU funciona como estaba previsto en tiempos de su creación, cuando hasta el momento estaba paralizado por la posibilidad de veto. Hoy sólo una cuestión que afecte a la China comunista puede ser objeto de veto y aun no es seguro porque la presión económica norteamericana puede acabar por evitarlo. De este modo puede decirse que lo que domina en el mundo es una especie de Santa Alianza, como en la época posnapoleónica, un mundo multipolar en que existe en germen la posibilidad de un futuro gobierno mundial con capacidad de decisión en todo el orbe. Esa tendencia es visible en muchos otros aspectos de la vida en el comienzo de un nuevo milenio en que las comunicaciones y la difusión de la civilización industrial fomentan la integración. En la práctica, las organizaciones no gubernamentales están llevando a cabo una importante labor en ese mismo sentido del intervencionismo en pro del desarrollo.

Por lo tanto, mucho más que las previsiones acerca del futuro inmediato, lo que interesa es la vigencia de valores que puedan construir un nuevo mundo. La situación resulta tan inédita que verdaderamente la Humanidad no ha meditado lo suficiente desde una óptica democrática. Hay que pensar que si la organización internacional ha

empezado a funcionar como nunca lo había hecho, aun así tiene graves carencias heredadas del pasado: todavía Alemania y Japón aparecen marginadas del Consejo de Seguridad de la ONU como consecuencia de su derrota en 1945 a pesar de su importancia como potencias. Sólo tras la conflictividad inacabable de Yugoslavia se ha planteado la posibilidad de una fuerza de intervención militar europea. Como en tantas otras ocasiones, la Humanidad está gestando un nuevo mundo con enormes dificultades.